

Interroga á mis ojos, á mi boca,
á mi tremante corazón opreso
de amor y de placer, cuando te invoca

de la pasión en el vernal exceso,
y sientes que la carne te sofoca
en la furtiva inmensidad de un beso.



AL DUQUE JOB

Brotan tus versos como la fuente
que del Parnaso las lindes baña;
y así fecundas con su corriente,
la rica lengua, lengua de España.

Surge á tus dulces acentos raros
de sus rüinas el Ateneo;
Fidias cincela mármol de Paros,
bajo la chispa de Prometeo.

La sangre griega bulle en las venas;
se yergue Palas en los altares;
y de regreso contempla Atenas
á sus perdidos, llorados lares.

Gratas mieles rinde el Himeto,
crece la oliva con regia pompa;

y llora Diana su amor secreto,
y olvida Marte la ruda trompa.

Píndaro canta, combate Aquiles,
Sócrates piensa y Aspasia sueña;
colman las plazas las turbas viles
contra el talento que las desdeña.

Vibra la lira de Anakreonte;
de Pan el canto mece las frondas;
sátiros, ninfas, pueblan el monte,
y surge Vénus sobre las ondas.

El sacro númen gentil te inspira
cuando el pagano mundo remueves,
y Apolo mismo tiempla tu lira,
y escucha atento tus *Odas Breves*.

BALADA DE SATAN

Á JUAN LABAT.

Eres bueno, Satán, porque eres malo;
el Bien sin ti antójase quimera,
como el azul de la anchurosa esfera,
que sin aliento con el alma escalo.

¿Que sin el sufrimiento es el regalo?
¿Que sin la noche el esplendor del día?
Sin el odio el amor no existiría;
eres bueno, Satán, porque eres malo!

Tú pusiste á los mártires el halo.
¿Sin el abismo qué será la altura,
y qué la dulce miel sin la amargura?
Eres bueno, Satán, porque eres malo!

Cuando en admiración el alma exhalo
por la belleza del rosal divino;
¡cuál las flores contemplo del espinol
Eres bueno, Satán, porque eres malo!

A la Virtud á veces apuñalo,
y acrece la Virtud que clama y gime,
—sin lo bajo no hay nada de sublime—
Eres bueno, Satán, porque eres malo!

Para mástil y azote sirve el palo.
Nunca sin Judas pudo haber un Cristo;
en las tinieblas y la luz he visto
que eres bueno, Satán, porque eres malo!



EL BESO

Á ROSENDO PINEDA.

Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando.

CALDERÓN DE LA BARCA.

Un oso y un tigre resguardan mi lecho;
un tápalo chino, colgado del techo,
esparce sus rosas en gayo dosel;
mis libros á un lado (mis viejos amigos
de dichas y duelos perennes testigos)
y al otro un espejo tallado en bisel.

Dos monstruos marinos, enormes figuras
de faunas extintas, cuyas dentaduras
mascan la penumbra con ira brutal,
retorciendo airados sus biformes colas
en los toques rojos de las largas olas
aurincandescentes de un biombo oriental.

Enfrente la mesa de icónico estilo,
en ella un Aquiles, la Venus de Milo
y un cofre pequeño con cartas de amor—
de amor!... de memorias de tiempos pasados—
con flores marchitas, listones chafados,
todo sin perfume, todo sin color. . . .

Exornan el plano vecino del muro,
sépias, acuarelas, el perfil obscuro
de un sátiro joven y un rojo tapiz,
donde medievales artistas arcanos
milagros tejieron —yo adoro las manos—
de luces y sombras, en raro matiz.

Sobre la una mano, hermosa doncella
sostiene una ave que espónjase en ella,

abiertas las alas queriendo volar;
con la otra, toma las áureas semillas
que una dama ofrece, puesta de rodillas,
en extraña copa de espuma de mar.

Por el rojo campo, árboles y arbustos;
y alzando las manos, erguidos los bustos,
un fiel unicornio y un bravo león;
figuras egregias, solemnes y solas,
sosteniendo lanzas cuyas banderolas
destienden al viento su ilustre guión.

En el fondo hojas, plantas regionales,
una policromía de juegos florales,
y en gótico aspecto gallardo lebré;
todo reviviendo por medios colores,
los tiempos heroicos de altivos señores,
de duras tizonas y blando rondel.

La blanca princesa. . . . es un princesa,
como que entreabre sus labios de fresa
cuando estoy á solas en mi habitación;

y le entono versos, y le cuento historias
de amores arcaicos y arcaicas victorias,
trovador secreto de la tradición.

Yo sé que me ama. Sus ojos á veces
en las altas horas me pagan á creces
mis tiernas miradas, mirándome á mí.
La dije una noche: *Princesa: te adoro;*
y escuché muy claro su acento de oro
diciendo muy quedo: *también te amo á tí.*

Temblaron las flores de seda en el techo,
rugieron las pieles que guardan mi lecho,
oí como un eco de estrofa nupcial;
y rápido, entonces, saltando á la mesa,
diciendo: *Princesa, mi blanca Princesa,*
besé de rodillas su blanco brial.

¡Oh efímeros sueños! . . . Un sueño es la vida.
Yo ví á mi princesa, princesa querida,
juntar á mis labios sus labios de miel;
y bajo su beso —quimera de amores—

revivos los tiempos de altivos señores,
de duras tizonas y blando rondel.

¿Quién puede arrancarme mi efímero sueño?
Yo soy de mis sueños el único dueño;
verdad ó mentira, yo he sido feliz. . . .
Y ha puesto en mis labios sus labios de fresa,
temblando de amores, mi blanca princesa,
la blanca princesa del rojo tapiz.



ASPIRACION

En verso transparente, en urna de alabastro,
con luz de fulgor ténue, como la luz de un astro,
de hinojos á tus plantas, ceñida la cabeza
por un tremante nimbo de dolor y tristeza,
quisiera yo el recuerdo de mi amor ofrecerte
para que así triunfara del olvido y la muerte.
Y tú lo sabes mucho; fué bueno, casto y puro,
como una blanca aurora en el confín obscuro,
como ideal libélula sobre la clara fuente,
en donde juntos vimos tu frente con mi frente.
Las rosas opulentas, al terminar la noche,
de perlas diademadas desataban su broche
y llenaban el aire de sutiles perfumes
al piar en los nidos los pájaros implumes.

¡Qué voz la de la madre cantando en el follaje,
qué luz de sol naciente deshaciendo el encaje
de las débiles nieblas en las verdes montañas,
y qué *fiat* divino, en tus negras pestañas;
eran esas mañanas para mí un doble día,
porque en tus bellos ojos también amanecía! . . .
...Y ahora ni una rosa, ni un broche, ni un aroma,
ni un ruido entre las frondas, ni un vuelo de paloma;
todo á mis ojos yerto, sin voz, indiferente;
sólo, perenne y fútil, el llanto de la fuente
en la selva de vida donde fugaz me pierdo,
sin más luz ni perfume que tu dulce recuerdo.



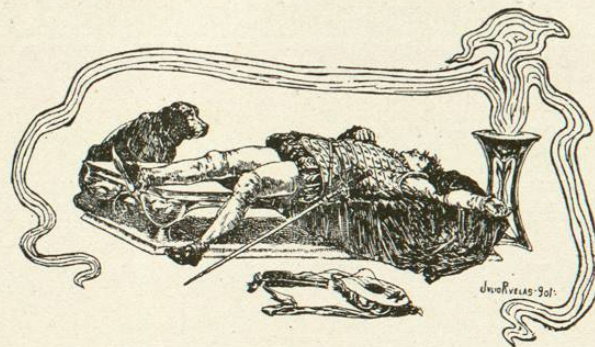
A UNA ESTRELLA

Bajo la luz occidua, en el confín lejano,
entre una nube negra, sobre la blanca cumbre,
abre una estrella sola su pupila de lumbre,
fija, inquieta y profunda, hacia el enorme arcano.

Mi alma así los ojos ha dirigido en vano
al misterio insondable, con triste incertidumbre;
y no ha encontrado nunca ni pálida vislumbre
de algo definitivo para el anhelo humano!

Es un astro apagado, tal vez, y su luz pura
fué vertida hace siglos y aún hiere mi pupila,
ilusoria existencia, entre la noche oscura.

¡Cómo arde y esplende! ¡Cuál se opaca y vacila!
¡Cómo, muerta en el tiempo, su resplandor perdura,
y apagada hace siglos aún hiere mi pupila!



A MANUEL GUTIERREZ NAJERA

(DUQUE JOB)

En algunos instantes de tu vida
ví el fondo de tu espíritu y el dardo
que emponzoñaba aún la honda herida,
¡Oh mi príncipe azul, mi noble bardo!

¡Qué grande fuiste entonces á mis ojos!
¡Cuál ocultaste —al comprender, de prisa,
mi abrumadora pena— los enojos
bajo el fino cendal de la sonrisa!

Y más adentro, más, llevaste el duelo. . . .
Para ti era el dolor; y el verso alado
hendió el espacio, al ascender al cielo,
como un iris de paz en el nublado.

¡Ah, nadie como tú pudo hasta ahora
hallar la frase, inmaculada y pura,
en que palpita, blanca soñadora,
riendo ó sollozando la hermosura!

Nadie en diáfanas urnas de alabastro
guardar la esencia de su ser, divina,
como la luz del misterioso astro
que muerto ya los cielos ilumina.

Ceñiste triunfador la verde palma
á tu radiante, juvenil cabeza;
sin un odio jamás dentro del alma,
colmada de tu amor á la belleza.

Era tu corazón cáliz sagrado
de una flor por las hadas recogida

en místico vergel, cáliz llenado
por el amor inmenso de la vida.

¡Ay! en hora muy pronta, muy temprana
de tu existencia, que el afán consume,
envuelta en luz, en luz de la mañana,
y llena de color y de perfume,

tu alma se dobló, viéndose sola,
como se dobla en el jardín sombrío
el clavel, cuando cae en su corola
una gota muy gruesa de rocío.

La muerte no te hirió! Como quien sueña
la viste desatar los duros lazos
de tu dolor; y te llevó, risueña,
como un niño dormido, entre los brazos. . . .

Justo premio á tu fe, lámpara santa
que tu madre prendió cabe tu seno;
y conservaste con ternura tanta,
siempre amando al buen Dios, porque era bueno.

Poeta de la luz y de las flores,
del bien y de los blancos ideales,
que bordaste tus versos de colores
para hacerte un sudario con sus chales;

cuando se abrió la tierra estremecida,
al recoger tus pálidos despojos,
más blanca la gardenia —tu querida—
más encendidos los jacintos rojos;

los tersos tulipanes más morados,
las níveas margaritas más hermosas,
y los lazos de amor más apretados
y más ebrias de miel las mariposas;

más bellas las campánulas de oro
y más azul la tímida violeta,
perfumaron los versos que en un coro
alzó la Patria á su inmortal poeta.

Descansa en paz!... Tu númen por el viento
vuela como Euphorión en los arcanos

palacios del futuro pensamiento,
con la lira de oro entre las manos.

A tu sepulcro, altar para los fieles,
irá siempre la joven poesía;
como á Tempé, por ramas de laureles,
de Delfos la sagrada Theoría!



RENOVARE

Sólo tú y yo sabemos el secreto
de nuestro amor, como Luzbel caído;
pero á las puertas del Edén Perdido
lanzando á todo su implacable reto.

Ya con tu ausencia el oleaje inquieto
de la murmuración yace dormido;
mas nunca como ahora te he querido,
con un amor tan grande, tan discreto. . . .

Eres la carne de mi carne, vibra
en mis labios aún tu beso ardiente
y abrasa el corazón fibra por fibra;

mientras la estrofa escápase candente;
y Amor ceñirla al Huracán le libra,
corona de recuerdos, á tu frente!

EN LA NOCHE....

Á SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,
ansié la muerte, la busqué yo mismo;
y á las negras orillas del abismo,
me habló Jesús en medio de la noche.

Alada brisa que en la sombra salta,
me dijo así su voz: *aliento cobra,*
valor para la muerte es lo que sobra,
valor para la vida es lo que falta!

Y un estremecimiento entre el follaje
(de hojas y aves) murmuró á mi oído
las notas de un cantar nunca aprendido,
en las largas etapas del viaje.